

BERNARDINO.

25 ejemplares una peseta

Los pedidos y reclamaciones á D. José Mestre, Fomento, 18, bajo

NOTA.—Es inútil buscar al editor..... porque no tiene donde caerse muerto.

osotros os encargásteis de nuestra
nacion.

Quisimos recordaros vuestros compromisos y nos hicisteis ver vuestra horrible apostasía á la luz del espanto y del incendio.

Cuando ni la regeneracion ni las reformas sean posibles, estermínemos.

Y entonces, entre las lágrimas de la canalla, entre los sollozos de los despotas, entre la angustia de los perversos: rojos de sangre, ébrios de violación, hartos de oro, contemplaremos nuestra obra colosal, escalaremos la más encumbrada ruina, y lanzaremos á la humanidad atónita nuestro programa eterno.

«No hay propiedad.»

«Ni ley.»

«Ni familia.»

«Ni patria.»

«Ni Dios.»

NUESTRO PROGRAMA.

CIUDADANOS Y CIUDADANAS:

En estos supremos momentos de incertidumbre, cuando la actitud de nuestros hermanos del poder nos infunde tantos y tan justos recelos, menester es que nosotros os manifestemos la verdad desnuda.

Desnuda, por que ni la verdad ni la estación necesitan ropages ni atavios.

Desnuda, por que siendo la verdad nuestra imagen, nuestro espejo, todo lo más que le podemos conceder es la camisa.

Ciudadanos y Ciudadanas:

El país perece; vosotros pereceis; nosotros perecemos.

España está á punto de no tener una peseta ni de donde le venga.

Otros han sido más listos, y han cargado con el santo y la limosna.

¿Podemos tolerar tamaño escándalo?

No, mil veces no.

Ni el equilibrio de la política, ni las teorías económicas; ni Kraus, ni Tomás Moro, ni ninguno de los filósofos y reformistas habidos y por haber, explican que unos caballeros de industria hagan su agosto, quedándonos los demás á la luna de Valencia.

Esto es imposible.

Se necesita un ejemplar que no tenga precedente en la historia de los tiempos.

Es preciso barrer á los traidores, exterminar á los miserables, esprimir al país como se esprime un limón.

Si arde en vuestra alma el fuego que á nosotros nos consume, seguidnos. El triunfo no es dudoso, el porvenir es nuestro.

Si los encopetados miembros de nuestra antigua sociedad nos ayudan, esto será coser y cantar. Si nos abandonan nos haremos solos nuestro negocio y entonces... peor para ellos.

Para ese momento no olvideis nuestras reglas de conducta.

Desde el punto mismo en que agarraremos el Gobierno nos llevaremos á casa hasta el copón.

Nos repartimos todo lo repartible.

Nos comeremos todo lo comible.

Nos beberemos hasta el viento.

Arrastraremos á Castelar.

Fusilaremos á Salmerón.

Ahorcaremos á Pí.

Haremos salpicon á la izquierda, á la derecha y al centro.

Envenenaremos á los carlistas.

Degollaremos á los moderados.

Trituraremos á los conservadores constitucionales.

Nos quedaremos solos.

Solos, hasta que se presente la oportunidad de devorarnos á nosotros mismos.

Entonces quedarán únicamente nuestros rabos.

Interin seamos gobierno y nuestros estúpidos compatriotas no nos conozcan, les pasaremos la mano por el lomo.

Si los reaccionarios aprietan, nos calaremos el gorro colorado.

Si nuestros hermanos chillan, miraremos con un ojo á la ordenanza y con el otro á los antiguos artilleros.

Unos y otros estarán en jaque, mientras nosotros sacamos la tripa de mal año.

Tal es nuestro propósito; tal es nuestro programa.

¿Os parece una continuación del anterior?

Pues no hay otro.

En cambio, cuando realicemos esta última etapa; cuando de grado ó por fuerza abandonemos el poder, veremos quién es el guapo que se atreve á cargar con el mochuelo.

No han de quedar, *ni clavos*.

Ni clavos.

Ni clavos.

¿Qué vais á hacer?

¡Suspension de garantías!

¡Estado de guerra!

¡Aplicación de la ordenanza!

¡Imperio de la ley!

¡Suspension de sesiones!

¡Auxilio de los conservadores!

¡Disciplina en el ejercito!

¿Qué vais á hacer?

¡Olvidais, pobres insensatos, que no há largo tiempo nuestras manos se estrechaban unidas por inviolables juramentos? ¡Olvidais que nos pediais una gota de nuestra sangre para ayudaros á enrojecer la azulada de esa nobleza pervertida? ¡Olvidáis que vivíamos animados de una sola aspiración? ¡Olvidáis que nos ofrecisteis colocarnos en la cúspide de esa pirámide social, formada con nuestro sudor por base, y por emponzoñada punta el corrompido corazón de un monarca? ¡Olvidáis vuestra palabra empeñada de dar el infinito por límite al pensamiento, y la inmensidad del espacio por campo de nuestra vida?

¿Qué vais á hacer?

Habéis sabido aletargar al león español con la calentura, con la embriaguez

del placer. ¡Guay si el león despierta!

¡Ay de vosotros si le escitais el olfato con el olor de la sangre!

¿Quereis atrincheraros en los departamentos de los ministerios sin que el pueblo pida cuenta de vuestras acciones?

¿Quereis arrebatarnos la inviolabilidad de nuestros derechos, sin darnos la menor garantía de libertad?

¿Quereis castigar lo que los estampos monárquicos han llamado crímenes, considerando que vosotros nos dais la vida porque la criminalidad no os da la vida porque la criminalidad no os da la vida?

¿No quereis abolir la aristocracia? ¿Quereis solo exterminar los aristócratas viejos para ocupar sus puestos y darlos á nosotros contemplándolos como contemplábamos á ellos?

Si eso pretendéis, decidlo claramente vuestras manos antes fraternizadas unidas á las nuestras han de convertirse en férreas garras que destrocen las muñecas, decidlo de una vez, de vuestro dulce canto de ayer ha de narse en el llanto traidor del cocodrilo, decidlo también; si habeis de ahuyentar de nosotros los goces del mundo, de pre merecidos y nunca disfrutados, decidlo, y entonces vereis cómo el cocodrilo despierta y enseña la manera de destrozarse la cabeza de las víboras.

¿QUIÉN ES DIOS?

¿Es Dios, el Dios que los espacios de existencia, de luz y de armonía?

¿Es Dios, el Dios que el Universo que la infinita inmensidad ordena?

¿Él, quien la ruda tempestad refrena y las montañas de la mar bravía?

¿Él, quien rige y gobierna sin recelo cuanto se abarca de la tierra al cielo?

¿Es Dios, el Dios que da consuelo en los amargos trances de la vida?

¿Es Dios, el Dios que á la piedad que el pan ofrece y que nos cura el dolor?

¿Es Él quien muestra de virtud la á su grey predilecta y excogida?

¿Es Él quien manda, en su saber que exista la igualdad en este mundo?

¿O es Dios, el Dios que á nuestra impotente ó cruel nos abandona,

ocultando su cetro y su corona en los hondos abismos de la nada?

¿O es Dios, el Dios que aleja su mirada de aquella misma grey que fiel le alaba diciéndole cuando el mal al orbe enreda

«que salga cada cual por donde pueda»

A creer en esos Dioses me resisto, si una prueba no tengo por delante.

De prudencia hasta entonces me resisto.

...diga lo que quiera el ignorante.
Dios es aquel Dios, nunca le he visto.
Dios es este Dios, es un tunante.
Entre un Dios mitológico y un tuno....
debo yo quedarme con ninguno.

ACCESOS.

Creimos un día libre de traidores nues-
bandera. ¡Cruel desengaño!
Antes, un brazo de hierro esprimía nues-
sangre; hoy, la muerte y la deshonra
amenazan caer sobre nosotros, traídas por
mismos que se elevaron sobre nuestras
abezas. ¡Miserables!

Resonaba aun en nuestros oídos el eco
de las palabras de igualdad despen-
das de los labios de cierto ciudadano,
cundo vino á turbar nuestro sueño el du-
plafar de dos caballos que arrastraban
un paso veloz un suntuoso carruaje.
En él iba insultando al pueblo el que no
largo tiempo se llamaba su profeta.
Detúvose el carruaje y pudimos percibir
nuestro pecho la voz misteriosa de uno
de los caballos, que decía:
«¿LO VES, PUEBLO? YO LE ARRASTRO POR LAS
CALLES DE MADRID: APRENDE.»

En qué consistirá que todas las aberraciones terminan en *bufo*?
Al edificio formado por la serie de vicios
que corroen la sociedad, se le ha colocado
una veleta que bien merece llamarse *di-*
ordena?
Y tan divina!
Más claro; si existiese Dios, no sería tan
ajadado que nos diese el sentido comun
que le despreciásemos.

Cuanto más meditamos sobre la humani-
dad, más incomprensible se presenta á
nuestros ojos.
Suplicamos á cualquier ciudadano que
diga sin embozos ni sofismas, cuáles
son las ventajas de la educación.
Nosotros vemos resaltar una línea divi-
ria entre la educación y la enseñanza.
Ella, no es tan perjudicial como la prime-
ra, aunque sí del todo innecesaria para la
verdadera felicidad; pero la educación es
crimen; con ella se sugetan al cálculo
las expansiones naturales del hombre y á
la humanidad se le arrebató la grandeza
hermosura que tendría si creciese y vi-
era libre como la naturaleza.

¿Qué es el amor á la familia?
Una pasión impuesta antes del desarro-
llo de la conciencia; una traba más á los

sentimientos naturales del hombre; un yu-
go que asfixia la dignidad humana.

¿Qué es la vida en familia?

El incesante afán de absorber el mundo
en bien de un pequeño grupo de seres que
no se aman más que por que se explotan;
que se protegen porque se necesitan; que
se defienden porque son pequeños para ar-
rostrar los nobles azares de la vida social.

¿Qué es la familia?

Una agrupación que hipócritamente se
envuelve con el manto de la moral para
ocultar entre sus pliegues el pedestal de
egoísmo que la sostiene, y los actos de
usurpación que la dan forma. Con esa
nueva unidad que violenta la naturaleza,
unidad inventada por la ferocidad del ins-
tinto humano, no solamente quiere legali-
zarse la explotación inícuca de la humani-
dad, sino que se pretende immortalizar el
crimen, cediendo el botín de padres á
hijos.

El momento supremo se acerca; la con-
ciencia del pueblo ve llegar con majestuo-
so paso la única hora imperecedera en la
historia de la humanidad.

Un solo grito, grito de júbilo que remo-
verá hasta el último elemento de esta gua-
rida de iniquidades llamada tierra, un solo
grito, repetimos, dará á la sociedad la for-
ma y vida que su esencia pide, borrando
para siempre la inmoral cadena de *barba-*
ries modestas que de tantos siglos viene lla-
mándose *ilustración*.

«ENTRE EL HOMBRE Y EL HOMBRE, NO HAY
MAS QUE EL MUNDO.»

Hé aquí la única bandera que simboliza
la libertad. Venid á nosotros, si queréis ser
felices.

El Sr. Carvajal ha resuelto el problema.
Agarra lo que puede y no paga lo que
debe.

¡Ojo! hermanos.

El ciudadano Carvajal nos plagia.

No hace mas ni menos nuestro ilustre ge-
neral Contreras.

¡Hipócritas!

A Martínez Campos se le ha perdido la
ordenanza, pero en cambio ha encontrado
un indulto para los soldados insurrectos
de Cartagena.

Gracias, ciudadano Campos. Tu eres de
los nuestros.

Otro botón se ha tragado.

El hijo de Agamenon.

Este hijo son los gefes y oficiales de re-
emplazo.

El botón lo lleva el general Hidalgo en
la punta de la bota.

¡Viva el general Hidalgo!

Hermanos, beneméritos soldados canto-
nales de Cataluña. Vuestros oficiales son
tan estúpidos que no quieren mandaros por
temor de que los asesineis.

Un paso mas en vuestra honrosa y bizar-
ra actitud, que á no dudarlo será secun-
da, á por nuestros hermanos del gobierno y
á la vuelta de quince días no encontraremos
para un remedio esos galones y esas estre-
llas que nos envilecen.

Si quieren lucir los uniformes que se
vayan con Don Carlos; que por aquí nos
arreglaremos con Estévanez y con nuestro
hermano Bárcia.

Que bailen los galones! Que bailen! Que bailen!

Dicen que Carvajal piensa,
Y que piensa sin cesar.

Pero señores ¿qué piensa
el señor de Carvajal?

Jamás, ¿lo entendeis? jamás ha sido la
sociedad española una sociedad verda-
deramente constituida: jamás ha respon-
dido á los principios de la moral universal
exacta; por que siempre se ha dejado
seducir y embaucar por esa moral cristiana
rémora de todo progreso, manantial de
iniquidades, hipócrita pretexto de toda
clase de crímenes.

Desde el pilon del bautismo hasta el se-
pulcro, el hombre camina ciego, absorbido
su pensamiento y su grandeza por los
ardides funestos de los titulados ministros
del señor.

¡Por cuanto no habian de llamarse *mi-*
nistros!

Nuestra bandera es: «Todo es de todos,
nada es de nadie.» Si existe un Dios y vive
en un cielo, si existe Dios y no ha querido
darnos otro consuelo que la Iglesia, sal-
temos por encima de las ruinas de esa mal-
decida Iglesia y lleguemos hasta el cielo
mismo, para espulsar á puntapiés al
Creador, si su morada es tan inmoral como
la nuestra.

Una vez en el cielo, gobernaremos y
daremos á nuestros hermanos la verdadera
libertad á que aspiran, rompiendo todo lo
que trascienda á ley, autoridad, gobierno,
respeto y á esa monserga que se llama
decoro.

¡Bien, hermano Eulogio, bien, muy bien!
Nos habias dado un susto tremebundo en los
primeros días de tu campaña política; te
creíamos revestido de las condiciones que
en este país se han requerido en otros tiem-
pos para desempeñar el farsante papel de
ministro; te considerábamos unido estre-
chamente á esa odiosa plaga de conserva-
dores que lo son, sí, para conservar lo que
villanamente han usurpado por espacio de
siglos enteros al desventura lo pueblo; lle-
gamos á sospechar en tí tendencias de im-
poner lo que los seres timoratos llaman ór-
den y justicia, que no es más que una in-
ícuca usurpación de derechos.

Con cuanto placer te devolvemos hoy el crédito que mereces!

Tú eres tan hombre de bien como nosotros; ni más ni menos.

Tú no eres del corte de esos ministros, propensos siempre á entregarse en brazos de la canalla conservadora.

Mira Gonzalillo. Ayer te veíamos tomar café en Fornos y nos asaltaban vehementes deseos de darte un par de besos al contemplar tu aspecto y al recordar tus hazañas del día.

¡Qué honrada gente te rodeaba! ¡Qué gracioso contoneo imprimías á tu talle! ¡Quién al verte puede rechazar el amor libre! ¡Sí, Gonzalon de nuestras entrañas! Al mirarte se desvanecieron todos nuestros temores: tú no harás orden; tú no fusilarás; tú serás el mejor de los desesperados y ni siquiera destituirás á Hidalgo. Tú has hecho tuya la conducta de este distinguido general y nosotros lo encontramos muy lógico. «Cada oveja con su pareja,» y «Dime con quién andas y te dire quién eres.»

Los desesperados vamos á echar un guante para consagrar un monumento á tu memoria.

En su base se leerá:

AL HONRADO GONZALON,
LA COMUNIDAD DE BIENES
AGRADECIDA.

¿A QUE LO CANTA USTED?

Tengo yo noche y día
puestos los ojos en Gonzalon,
que mientras él no tosa,
con mis cantones me arreglo yo.
¡Ay Don Eulogio, la sangre que crían
Martinez Campos, Turon y Pavia!
¡Les va á dar un torozon;
le van á usted á pelar,
porque dicen que su amor
tiene rabo federal!
Sal, Eulogio, sal;
sal, mozo gentil:
que si no te salan
nos vas á partir
¡Ah, ah!
que si no te salan,
¡ah, ah!
nos vas á partir.



Los oficiales insubordinados contra la autoridad de nuestro hermano general Hidalgo, están en libertad.

Los desgraciados soldados del batallón de Madrid, están presos y á punto de ser pasados por las armas.

¡La conciencia humana no puede tolerar tamaña iniquidad!

Los primeros han faltado de la manera más escandalosa á ese Código criminal y repugnante que se llama Ordenanza, saltando al mismo tiempo por la autricidad del capitán general de Castilla la Nueva, que con el mayor cariño y las mejores for-

mas les hizo presente, que las necesidades de la patria reclamaban su presencia en Cataluña.

Los segundos no hicieron mas que coser á puñaladas á un jefe insolente que les insultó, hiriendo en lo más profundo su derecho y su honra.

¡País indigno y cobarde!

¿Y es posible que puedas, ni por un instante solo tolerar tan tremendas injusticias?

¡Morirán los infelices soldados que vuelven por su decoro y recibirán una gracia esos oficiales insurrectos!

¡Vergüenza!

Pero aún vive nuestro hermano Hidalgo. —Aún vive el héroe de San Gil. —Aún alienta esa gran figura que ha sabido con su valor incontrastable abofetear al cuerpo de Artillería; humillar el orgullo de la representación nacional; encadenar al país á sus menores caprichos, decir á esos párias que cubren sus mangas de galones de oro, cuanto su cobardía y su indignidad merecen.

Aún vive Hidalgo, y mientras Hidalgo aliente, quedará en nuestros pechos una esperanza.

Entre Hidalgo y el ejército español, no es posible otra cosa que la anarquía.

Ayudemos á Hidalgo.

¡La intervencion! ¡Mentecatos! Cuando España sea libre, gracias á la conducta del Gobierno, no habrá extranjero que pise impunemente nuestro suelo.

Salmeron, no dejes tu puesto, eres especial para protejernos aun que sea contra tu voluntad: adelante con tu salvadora empresa, ciudadano presidente; destruye todos los vicios de la antigua sociedad que se llamaba ordenada y en todos los presidios que son los verdaderos templos de la libertad se grabará tu nombre en letras de.... no tenemos oro.

En el momento de ir á lanzar nuestra desesperacion al público, se nos dice que Hidalgo ha caído, ocupando su puesto Lagunero.

Lo deploramos: Hidalgo es nuestro tipo predilecto; si Lagunero no obra con la misma cordura que su antecesor recibirá la censura de todos los verdaderos desesperados.

Cartagena inmortaliza la gloria española. Será una segunda Numancia antes que consentir la infame huella de la reaccion.

Los reaccionarios auguran hambre este invierno.

¡Inocentes! mientras tengamos estas mundas carnes que masticar, viviremos engordaremos.

En Andalucía se queman los olivos; ¡Con cuánto placer convertiríamos toda Península en Andalucía!

¡Crisis!... ¡crisis!... ¡crisis!... Espera, blo, esperemos los hombres decentes; si nos hácia atrás, ¡fuego! Si vamos adelante, paciencia que el fuego venga.

Los carlistas avanzan, las tropas liberales no quieren batirse; hacen bien, es preciso para luchar tener una bandera, dár una idea, y lo cierto es que defendiendo existente con su atraso y su inmoralidad es ponerse á una altura despreciable.

El Papa está gravemente enfermo; alegrámonos: muérase de una vez y perezca con él el infame catolicismo.

Sepa de hoy para siempre el público que nosotros estamos decididos á no casar con nadie.

Aborrecemos por instinto toda especie de tiranías, y el matrimonio es sin disputa más inmoral que ha inventado el hombre.

¡Cabe aberración mayor que decir á un ser «ama que yo te lo ordeno.» «No eres libre para expresar tu amor á quien debes ocultarlo porque en un momento de extravío uniste tu destino á otro ser que hoy aborreces; pero te hemos ligado á él y debes mentirle cariño.»

«Vuélvete inhumano.»

«Sé hipócrita.»

«Hazte embustero.»

Esto dice el mundo al hombre. ¡Maldito sea hasta el mundo mismo que pisamos!

Nosotros, repetimos, por razones de género, que no nos casaremos con nadie, la verdad será dicha en todos los tonos posibles; si se nos desprecia, si se nos persigue, tanto mejor: nuestros hermanos porvenir ahogarán el recuerdo de nuestros gemidos en la sangre de sus verdugos.

¡Salud y caiga el que caiga!

MADRID.—IMPRESA DE FOLGUERA.

Fomento, 18.